

Dios y los muros

Una interpretación bíblica del fenómeno migratorio

José Luis González Miranda, S. J.
Guadalajara, México

1. Introducción

Es de sobra conocido que la Biblia muestra una permanente movilidad humana, tanto a nivel individual —muchos personajes vivieron situaciones de migración y refugio— como a nivel colectivo. El pueblo de Israel experimentó el desplazamiento, la explotación en otros países, el destierro, el retorno y la diáspora. De esas experiencias, sacó consecuencias, algunas veces negativas y otras positivas. La migración aparece como algo bueno cuando Dios pide a los hijos de Noé multiplicarse y poblar la tierra (Gn 9,1-7) y a Abraham que salga de su tierra, al mismo tiempo que le promete bendición (Gn 12,1-3). Las referencias a la migración son anteriores. En el mismo Génesis, la migración aparece como algo negativo. Adán y Eva son expulsados del paraíso, a raíz del pecado. Dios no confía en ellos, ni entre ellos existe confianza (Gn 3,23-24). La violencia fratricida lleva a Caín a Nod, “la tierra del errante”, al este del Edén (Gn 4,16), y la soberbia de la humanidad, en la torre de Babel, lleva su dispersión (Gn 11,8-9).

Por todo ello, es importante destacar una primera enseñanza de los doce primeros capítulos del Génesis: la migración es un fenómeno que acompaña a la humanidad desde su origen y no necesariamente es siempre negativo. La percepción negativa de la migración es conocida como “sesgo sedentario” de quienes tienen una vida estable y asentada¹. La migración no es un problema, sino

1. O. Bakewell, “Keeping Them in their Place: The Ambivalent Relationship between Development and Migration in Africa”, Working Paper No. 8 (Oxford: International Migration Institute, 2007); citado por S. Castles, *Relaciones Internacionales* 14 (2010), 144.

un *fenómeno humano*, tal como lo reconocen los últimos papas. En realidad, es un fenómeno que conduce, en un balance neto, a una humanidad más unida, abierta y fraterna.

La valoración no siempre ha sido positiva. Los primeros papas que se pronunciaron sobre la migración la veían como algo negativo. En 1888, León XIII escribió (*Quam aerumnosa*) sobre la triste condición de los inmigrantes italianos en Estados Unidos. Intentaba evitar la emigración, porque la veía como algo malo. Tres años más tarde, León XIII propone, en *Rerum novarum*, que también los obreros tengan acceso a la propiedad privada para poder disfrutar de una mejor vida (RN 35, 4). A esta justa preocupación se la llamará después el “derecho a no emigrar”. Traemos a cuento esta encíclica porque en el interés por los obreros, que dio origen a la doctrina social de la Iglesia, se encontraba también la preocupación por la migración. Trabajo y migración han ido siempre de la mano. De hecho, los mártires de Chicago, ejecutados cinco años antes de la citada encíclica, en cuyo recuerdo se celebra el día del trabajador el 1 de mayo, no solo eran obreros, sino que también eran inmigrantes. En la Biblia se observa la misma unidad, ya que el trabajo y la migración se originan de manera simultánea: “Y lo sacó Dios del huerto del Edén, para que labrase la tierra de que fue tomado” (Gn 3,23).

A pesar de que la migración y la historia de la humanidad están unidas, esta ha ido levantando muros para intentar, en vano, detener esa marcha histórica hacia un mundo sin fronteras, donde se viva la fraternidad universal. La Biblia muestra cómo Dios es contrario a los muros y favorece la fraternidad.

El testimonio de Ricardo Cano, un campesino mexicano de Tziscaco (Chiapas), una comunidad rodeada por los lagos de Montebello, que hace frontera con Guatemala, nos ayudará a entender la contradicción entre los muros y la fraternidad. En 1982, el ejército de Guatemala atacó una comunidad de etnia chuj, cercana a Tziscaco. Durante la noche, los sobrevivientes cruzaron la frontera y llegaron a esta última. Una asamblea de vecinos se reunió para discutir qué hacer ante la llegada masiva de personas que huían de la guerra. Algunas bombas del ejército guatemalteco habían pasado la línea fronteriza —un hijo de Ricardo nos mostró dónde habían caído. Por eso, los vecinos sabían bien que aquellas familias indígenas intentaban salvar sus vidas. La asamblea acordó que cada familia mexicana acogiera en su casa a una familia guatemalteca. Ricardo Cano regresó a su humilde vivienda de una sola pieza, trazó una línea justo en medio y dijo a sus hijas: “saquen de esa parte todas esas cosas y pónganlas acá, porque de esa línea para allá va a vivir hoy una familia guatemalteca con nosotros”. Así, la familia de Manuel pasó a vivir con la de Ricardo. No vivió unos días, ni unos meses, sino varios años. Los hijos de ambos crecieron como hermanos, hasta que Manuel pudo comprar un terreno en otra comunidad e independizarse. En la actualidad, Ricardo vive a dos cuadras de aquella antigua casa, pero nos

la mostró. Ahí está en la foto con dos nietos. Construyó la fraternidad con el trazado de una línea, no con la edificación de un muro. Al contrario, abrió los muros de su hogar.

En las siguientes páginas, mostraré el mismo mensaje, pero en la Biblia.

2. Los muros que separan

2.1. En el Antiguo Testamento

En una sucesión de instantáneas, como fotografías de un “mural”, nunca mejor dicho cuando se trata de muros, recorreré la historia de Israel, fijándome en las murallas.

Antes de que se construyera el primer muro, todos “hablaban una sola lengua”. Los primeros ladrillos (Gn 11,3) van unidos a la dispersión. Su función es separar: los muros separan a los de dentro de los de fuera y las torres a los de arriba de los de abajo. No es extraño, entonces, que hoy Donald Trump, famoso por construir torres, se preocupe también por construir muros. La idea es la misma: separar. Los muros que separan, como los de la torre de Babel, ofenden a los hermanos y a Dios.

En Sodoma, una ciudad amurallada, Lot quiere dar hospedaje a unos forasteros, que resultan ser ángeles, pero sus habitantes no son hospitalarios y quieren abusar de ellos (Gn 19). Sodoma no es una ciudad hospitalaria, razón por la cual Yahvé la destruye. De nuevo, los muros no agradan a Dios. Paralelamente, bajo la encina de Mambré, Abraham brinda hospitalidad a otros extranjeros, que también resultan ser ángeles. Estos le anuncian un hijo a él y a Sara, su mujer. En Sodoma hay muerte, mientras que en Mambré, vida. La humildad de la tienda se contrapone a la soberbia de los muros.

Los muros culturales aparecen en la historia de José, quien sabe integrarse y triunfar en otro país. José es presentado como el inmigrante soñador, que supera los muros del imperio mediante la adaptación. Así lo ve su padre Jacob: “Un retoño es José, retoño junto a la fuente, cuyos vástagos trepan sobre el muro” (Gn 49,22). Además de abrir los muros de Egipto a los israelitas, José consigue reconstruir la fraternidad, preocupándose por los últimos, esto es, por Benjamín, el menor. A diferencia de Sara, sepultada en el país de acogida, José pidió que sus restos fueran devueltos a Canaán, al igual que muchos emigrantes que mueren en Estados Unidos, cuyos familiares hacen lo posible por repatriar sus cuerpos.

En la salida de Egipto, la voz “muralla” aparece dos veces, pero no enfrente del pueblo inmigrante, para detenerlo, sino a sus costados, para facilitarle el paso (Éxodo 14,22.29). La voz “muralla” aparece por primera vez no para detener la emigración, sino como algo querido por Dios, para apoyarla. No es una muralla de piedra, sino de agua.

Al final de la travesía por el desierto, el pueblo migrante se encuentra con muros, que le impiden entrar en la tierra prometida (Nm 13,28-33). Son ciudades fortificadas. Jericó es la más importante y una de las más antiguas de la humanidad. Los yacimientos arqueológicos de sus murallas revelan construcciones sucesivas, hechas a lo largo de varios milenios. Los israelitas piensan que esas murallas “llegaban hasta el cielo” (Dt 1,28; 3,5; 9,1), pero Dios mostrará con claridad que es contrario a los muros. No es Josué y su ejército quienes derriban las murallas de Jericó, sino Dios mismo. El medio no son los soldados, sino los trompetistas. Dios está contra los muros que impiden la fraternidad. Después de Jericó, cayeron “sesenta ciudades fortificadas con muros altos, con puertas y trancas” (Dt 3,4).

Ahora bien, cabe preguntarse por qué Dios ofrece una tierra que resulta estar ya ocupada por otras gentes. La respuesta es clara. Dios quiere que su pueblo aprenda a convivir fraternalmente. No lo libera de la esclavitud en Egipto para que imite a los opresores, sino para ser una comunidad alternativa y fraterna.

Un signo de esta nueva comunidad es la protección y el refugio. Dios pide crear ciudades en las cuales “se refugiará el homicida, el que ha herido a un hombre por inadvertencia” (Nm 35,10-11). La ley del talión no hacía excepciones con la muerte accidental. Por eso, la ciudad refugio daba protección. No es solo un recurso civil, sino también religioso, ya que los responsables de mantener este servicio son los levitas. En realidad, Dios mismo es el mejor refugio, tal como afirman numerosos salmos.

Después de un tiempo de ser gobernados por jueces, los israelitas piden un rey como el que tienen los pueblos vecinos. Ser un pueblo alternativo no resulta fácil. Después de Saúl, reina David, el rey más famoso de Israel. David no tarda en construir muros. Levanta una fortaleza, la Ciudad de David, y un muro a su alrededor (2 Sam 5,9). Sin embargo, el rey confía en Dios para derribar otros muros —“con mi Dios asaltaré muros” (2 Sam 22,30). No cae en la cuenta de que en su propio reino se construyen muros de desigualdad: *muros económicos* para defender almacenes (1 Re 9,19), mientras otros pasan hambre; *muros políticos* que alejan a la corte, recluida en palacios, del pueblo (2 Sam 5,9); y *muros religiosos*, dado que desea construir un templo. Pero Dios rechaza la oferta de David de levantarle un templo (2 Sam 7,1-7), pues no quiere muros.

Salomón no solo edifica el templo, sino que levanta una serie de muros (1 Re 6) con espacios excluyentes. También amuralla Jerusalén y otras ciudades (1 Re 3,1; 9,15) con trabajo forzado (1 Re 9,15.21-23). Así, la monarquía reemplaza el ideal de la fraternidad de la salida de Egipto, lo que hoy llamaríamos la dignidad y los derechos humanos, por el ideal de la seguridad. Uno de los salmos más cantado asocia la nueva idea de la seguridad con los muros: “haya paz dentro de tus muros, en tus palacios seguridad” (Sal 122,7). Pero sin fraternidad y justicia, no hay auténtica liberación ni paz.

Después de la división del país en dos reinos, Asiria no tarda en invadir el reino del norte y en capturar a buena parte de sus habitantes. Así, los muros de Nínive separan y discriminan. Los cadáveres de los israelitas deportados eran arrojados fuera de los muros, tal como relata el libro de Tobías. Tobit salía a escondidas para sepultarlos, pues estaba prohibido (Tob 1,17; 2,3-8). Los muros acumulan cadáveres, ya sea en Nínive, en Arizona, en Melilla, o en el muro de agua en el que se ha convertido el Mediterráneo.

El reino del sur, conformado por los territorios de Judá y Benjamín, se mantuvo más tiempo que el reino del norte. Pero la fiebre por construir muros se hizo compulsiva. Su primer rey, Roboam, se dedicó a construir muros y fortificaciones en varias ciudades (2 Cro 11,5-10). Más tarde, el rey Asá volvió a cercar las ciudades y levantó murallas (2 Cro 14,6). Su hijo Josafat siguió su ejemplo (2 Cro 17,2). Este dejó el trono a su hijo Joram, quien mató a cuchillo a sus seis hermanos (2 Cro 21,4). Así, pues, la historia de Israel demuestra que los muros son incompatibles con la fraternidad.

Más aún, los hermanos del norte comenzarán a destruir Jerusalén. Al derrotar a Amasías, rey de Judá, echan abajo sus muros, desde la puerta de Efraim hasta la puerta del Ángulo (2 Cro 25,20-23). El rey Ozías, hijo de Amasías, vuelve a levantar los muros y las torres (2 Cro 26,9-10) y adquiere armamento y máquinas, que disparan saetas y piedras grandes desde los muros (2 Cro 26,14-15). Más tarde, en el reinado de Ezequías y ante la amenaza de Senaquerib, rey de los asirios, reparan la muralla derribada y edifican torres y otra muralla exterior (2 Cro 32,5). La fiebre de los muros no cesa con su hijo Manasés, que “edificó la muralla exterior de la Ciudad de David al occidente de Guijón, en el torrente, hasta la entrada de la Puerta de los Peces, cercando el Ofel, y la llevó a gran altura” (2 Cro 33,14). En la práctica, todos los reyes construyen muros, pero inútilmente, pues el reino del sur, al igual que el del norte, invadido por los asirios, es tomado por los caldeos de Babilonia.

El pueblo de Israel vacila entre confiar en sus muros o confiar en Dios. Isaías anuncia, entonces, que las ciudades opresoras caerán y que los pies de los pobres las pisarán. Ese día, en la tierra de Judá se cantará:

Tenemos una ciudad fuerte, ha puesto para salvarla murallas y baluartes. Abran las puertas para que entre un pueblo justo, que observa la lealtad; su ánimo está firme y mantiene la paz, porque confía en ti. Confíen siempre en el Señor, porque el Señor es la Roca perpetua. Doblegó a los habitantes de la altura, a la ciudad elevada; la abatirá, la abatirá hasta el suelo, hasta tocar el polvo. La pisarán los pies, los pies del oprimido, los pasos de los pobres (Isaías 26,1-6).

En 587 a. C., Babilonia destruye Jerusalén, tal como habían anunciado los profetas Jeremías y Ezequiel. Curiosamente, todas las fuentes insisten en que

los invasores no solo incendiaron la ciudad y masacraron a sus habitantes, sino que también derribaron todas sus murallas (Jer 39,8; 52,11; 2 Cro 36,19; 2 Re 25,10). Lo interesante para nuestro tema es la interpretación del libro de las *Lamentaciones*, que atribuye el hecho a Dios: “Yahvé ha destruido los palacios y fortalezas” (2,5), “ha forzado las murallas como un huerto” (2,6) y “ha dejado a merced del enemigo los muros de los palacios” (2,7). Estos versículos concluyen rotundamente: “Yahvé resolvió destruir la muralla de la Hija de Sion. Decidió la destrucción y no retiró su mano” (2,8).

Durante los años del destierro en Babilonia, los israelitas descubrieron la gran ciudad edificada por Nabucodonosor, dotada con muros y jardines, donde imperaba la corrupción y la inmoralidad. En cambio, idealizaban a Jerusalén, la ciudad de Dios, y la contraponían a Babilonia, la ciudad del mal. Ahí hallaron también paganos buenos, un descubrimiento que los abrió a la universalidad. Sin embargo, Jeremías les advierte que los muros de Babilonia caerían y que construirlos era inútil. “Esto dice Yahvé de los ejércitos: la ancha muralla de Babilonia será totalmente demolida y sus altas puertas serán quemadas, pues los pueblos trabajan para que todo quede en nada, y las naciones se esfuerzan para que todo lo consuma el fuego” (51,58).

A pesar de la advertencia, al regresar de Babilonia, los israelitas reconstruyen las murallas y el templo de Jerusalén. Este es el “segundo templo” (538 a. C.) o templo de Zorobabel, gobernador de Judá (Esd 5,2; Ageo 2,2). Después de recorrer las ruinas de los muros a caballo, durante la noche (2,12-13), Nehemías decide reconstruirlos “para que dejen de burlarse de nosotros” (2,17). La razón es interesante, porque la muralla tiene una función más simbólica que real. Representan la cerrazón, el orgullo y la exclusión. Por eso, Nehemías colocó puertas con candados y trancas en sus muros (3,3.6.13-15) y puso turnos de guardia (7,3). Después de escuchar la ley, los judíos echaron de Israel a todos los extranjeros (Neh 13,3). Pablo identifica la ley con los muros y los asocia a la exclusión.

Judas y sus hermanos purificaron el templo, “levantaron en torno al monte Sion altas murallas y fuertes torres” (1 Mac 4,60), y elevaron las murallas del templo “a la misma altura que las anteriores” (1 Mac 6,7). Jonatán hará lo mismo más tarde (1 Mac 12,36). De la misma manera que hoy en día, el rey Demetrio, como una estrategia de campaña, prometió levantar muros para ganar adeptos (1 Mac 10,22-24.44).

El rey Herodes amplió y mejoró el segundo templo con el gran patio de los gentiles (el mismo rey era idumeo o edomita) y con muchos adornos (20 a. C.). No se consideró la construcción de un tercer templo, sino la ampliación del existente. Así llegamos a Jesús.

Desde la perspectiva de los muros, el Antiguo Testamento adquiere un significado nuevo. La terquedad humana en levantar muros se enfrenta con la terquedad divina que los derriba. Israel no es solo *un pueblo inmigrante*, sino que también tiene *un Dios inmigrante*, que marcha con él en el desierto (Ex 33,7-11; 2 Sam 7,6ss; Eclo 24,8). Luego, quisieron que Dios, al igual que ellos, abandonara el nomadismo y se convirtiera en sedentario. Por esa razón, le edificaron un templo, una casa. Pero Salomón, su constructor, duda de que Dios quiera permanecer en ella. “¿Podría Dios en realidad habitar en la tierra? Si los cielos, y los cielos de los cielos, no pueden contenerte, cuánto menos lo podrá esta casa que he construido” (1 Re 8,27).

2.2. Los muros del templo de Herodes

Antes de indagar en el Nuevo Testamento, conviene que nos detengamos en analizar cómo era el templo, porque es la imagen más clara de la cerrazón y de la exclusión del pueblo elegido, incapaz de cumplir su misión de fraternidad entre los otros pueblos.

La ley concibe diferentes formas de ciudadanía y de no-ciudadanía, ordenadas en círculos concéntricos, al igual que los muros del templo. Así como hoy en día, la legislación excluía a millones de personas, que de ese modo quedaban desprotegidas, sin derechos. Desde el concepto de extranjero más englobante y alejado, avanzaremos hasta la definición más concreta y cercana².

La voz más genérica para referirse al extranjero y a “las naciones paganas” o a “los pueblos gentiles” es *goyim*, cuyo sentido es casi universal: “las gentes todas”, “*todos los pueblos*”. No llega a ser universal, esto es, que incluya a todos los pueblos, porque los judíos no se incluyen. El ser el pueblo elegido les otorga un estatuto particular. De hecho, ellos mismos se sienten “separados”.

Zar refiere al extranjero en sentido étnico y político, es decir, perteneciente a una de las naciones paganas. Los *zar* son desde los extraños y los raros hasta los enemigos, por ejemplo, las naciones vecinas de Israel. La voz también admite un uso despectivo: bastardo (Os 5,7) o prostituta (Pro 2,16). “Líbranos de los extranjeros (*zar*)”, ruega el salmo 144 (143),7.10.

2. Para esta tipología del “extranjero”, hemos seguido a varios autores. E. Bianchi, *J'étais étranger et vous m'avez accueilli*, pp. 19-20 (Lessius, 2008); C. M. Martini, “El extranjero en la Escritura”, *Sal Terrae* (2001), 417-426; J. Cervantes Gabarrón, “El inmigrante en la Biblia”, *Iglesia Viva* 205 (2001), 49-72; A. Wénin, “Leyes y prácticas relativas a los migrantes en el Primer Testamento”, *Spiritus* 42 (2001), 163, disponible en https://sedosmision.org/old/spa/wenin_1.htm (última visita: 28/5/2018); J. A. Martínez Díez, *El cristiano ante la inmigración*, pp. 35-48 (Madrid: PPC, 2008).

Las voces *nekar* y *nokri* refieren al extranjero en tránsito, un viajero o un comerciante. No es gente despreciable, sino desconocida, como los dioses extranjeros (Gn 35,2-3 y Dt 31,12). Los *nokri* pueden ser objeto de hospitalidad, tal como aparece en el conocido pasaje de la encina de Mambré (Gn 18,1-4). O viajeros, como en el tremendo crimen de Guibeá (Jue 19,17-21). Ahora bien, al hablar de los animales impuros, se dice que el israelita no puede comer la carne de ningún animal hallado muerto, pero sí se la puede vender a los extranjeros (*nokri*) (Dt 14,21), los cuales deben estar separados, porque no son “hermanos”.

Toshav y *toshvim* refieren al extranjero que no está de paso, sino que permanece, una especie de *residente temporal*. Este extranjero goza de protección, pero debe cumplir las leyes mínimas de Noé —no idolatrar, no blasfemar, no matar, no robar, no fornicar, no comer carne arrancada de animal vivo y con sangre, etc.

Las voces *ger* y *gerim* aparecen 92 veces en el Antiguo Testamento, según José Cervantes Gabarrón³, y refieren al extranjero que reside de manera permanente. Más aún, algunos textos admiten la traducción “instalado” en Israel, por motivos diversos, en particular, como asilado o refugiado (Gn 23,4; Ex 2,22; 18,3). Algunos *gerim* (“los otros”) eran descendientes de los primeros habitantes de Canaán, es decir, cuando los israelitas eran los extranjeros. El *ger* debe trabajar para otro, porque no puede poseer tierra. En consecuencia, forma parte del grupo de los pobres, a quienes Dios protege (Dt 10,18; Sal 146,9; Mal 3,5):

Dios da un trato igual a todos y no se deja comprar con regalos. Hace justicia al huérfano y a la viuda y ama al forastero dándole pan y vestido. Ama, pues, al forastero (*ger*), porque forasteros (*gerim*) fueron ustedes en el país de Egipto (Dt 10,17-19).

El *ger*, por tanto, es el extranjero más cercano y goza de protección. Así, los frutos caídos no se deben recoger en su totalidad (Lev 19,10), ni los campos deben ser segados al límite (Lev 23,22), para que esos frutos y esas espigas sean cosechados por el *ger*. A cambio, este forastero, al igual que el israelita, está obligado a observar la religión de Israel. Por tanto, no sacrifica a sus hijos (Lev 20,1ss), guarda el sábado (Ex 20,10) y el ayuno del día de la expiación (Lev 16,29), participa en la pascua si está circuncidado (Ex 12,48) y si observa el rito (Nm 9,14), y si blasfema el nombre de Dios, será apedreado (Lev 24,16).

En teoría, el israelita y el *ger* eran iguales ante la ley. “La ley será la misma para el forastero y para el nativo, pues yo soy Yahvé, su Dios” (Lev 24,22). Números afirma una única ley para el israelita y el forastero, y añade que “Yahvé no hará diferencias entre el extranjero y ustedes” (Nm 15,16). La igualdad llega al extremo de que Ezequiel, en su visión del torrente que brota del templo, al final de los tiempos, afirma que el extranjero residente participará, en las mismas

3. J. Cervantes Gabarrón, “El inmigrante en la Biblia”, o. c., p. 49.

condiciones que el israelita, en el “sorteo” de propiedades (Ez 47,22-23). En la práctica, la igualdad es inexistente. Más aún, después del exilio de Babilonia, surge el proselitismo y la asimilación. Para el israelita, el extranjero no es un hermano. Admite la hospitalidad, pero no la fraternidad, que solo da al compatriota. Aquí radica el origen del escándalo de la parábola del buen samaritano.

Algunos textos del Antiguo Testamento afirman explícitamente que el extranjero no es hermano. Así, el *zar* no solo no es un hermano, sino que incluso es el enemigo: “Nuestra herencia ha pasado a extranjeros (*zar*)” (Lam 5,2-4). *Nekar* se opone explícitamente a “hermano”: “Pondrás a tu cabeza un rey elegido por Yahvé de entre tus hermanos. No pondrás a tu cabeza un rey extranjero (*nekar*) que no sea hermano tuyo” (Dt 17,15). El *nekar* puede ser explotado (Dt 15,3), se le puede vender carne de animal muerto (Dt 14,21) y prestarle con interés (Dt 23,21), lo cual no se puede hacer con un hermano. Al “extranjero podrás exigir que te pague sus deudas, en cambio perdonarás la deuda de tu hermano” (Dt 15,3).

El *toshav* tampoco es hermano. En consecuencia, puede ser tratado como esclavo (Lev 25,45), mientras que “a sus hermanos israelitas no los tratarán con dureza” (46). El *ger*, aunque no es hermano, no puede ser tratado como esclavo (Dt 24,14).

Entonces di a los jueces las siguientes instrucciones: “Ustedes atenderán las quejas de sus hermanos, y decidirán, sea que el pleito oponga un israelita a su hermano, o bien un israelita a uno de los extranjeros (*ger*) que viven en medio de nosotros” (Dt 1,16).

Aun en algunos de los libros conservados solo en griego —y, por tanto, desconocemos cuál de las voces hebreas utilizan para designar al extranjero—, el forastero no es un hermano. “Sal, forastero, deja el puesto a otro más importante, viene mi hermano a verme y necesito la casa” (Eclo 29,27).

La separación entre el israelita y el extranjero que aparece en el Pentateuco, se vuelve más fuerte al volver del exilio, cuando comienza la recuperación de la identidad nacional. Así, los hijos de Israel tienen prohibido casarse con hijas o hijos de los paganos (Esd 9,12; Neh 10,31), y los que se habían casado con mujeres extranjeras, las devuelven junto con sus hijos a su país de origen (Esd 10). El matrimonio con una extranjera es pecado (Esd 10,10), aunque no todos están de acuerdo con esta disposición (Esd 10,15). En esta época de asimilación, aumenta la presión sobre los *gerim* para que se conviertan al judaísmo. A estos conversos se refiere “el tercer Isafas” cuando anuncia que todos los pueblos serán atraídos al cerro santo y a la casa de oración de Yahvé. A los extranjeros que estaban dispersos entre las naciones paganas (*goyim*), “los extranjeros (*nekar*) que se han puesto del lado de Yahvé” y “no profanan el sábado” (Is 56,6), los llama “hermanos” (*ajejem*) (Is 66,20).

El cambio se manifiesta en las traducciones griegas de la Biblia. El *ger* de antes se transforma en *prosélito*, esto es, el extranjero convertido al judaísmo⁴. Esto significa que el “hermanos” (*ajejem*) de Isaías 66,20 no tiene aplicación universal. No todos los pueblos vendrán, sino solo los hermanos, es decir, los judíos de la diáspora.

2.3. En el Nuevo Testamento

En el mundo griego, al cual pertenece Palestina después del proceso de helenización, los habitantes se ordenan según diversas categorías, dispuestas en círculos concéntricos. Los primeros y los más importantes son los ciudadanos griegos (*politoi*), seguidos por los residentes permanentes naturalizados (*katoikoi*). Luego, se encontraban los residentes permanentes, ciudadanos domiciliados en el país de acogida, pero que conservaban la ciudadanía de su país de origen. Aunque estaban censados y pagaban impuestos, no tenían derechos políticos. Estos ciudadanos eran llamados *metoikos* (*meta*: al lado; *oikos*: casa), en griego clásico, o *paroikos* (*para*: cerca), la voz más usada en el Nuevo Testamento, que se puede traducir como vecino⁵. La traducción de los LXX suele definir las voces hebreas *ger* y *toshav*, los extranjeros residentes en Israel, como *paroikos-paroikeo-paroikoi* y *prosélitos*. En realidad, se trata de una desviación del judaísmo tardío, que reduce la protección al extranjero exigida por la ley a proteger a aquel que se había convertido al judaísmo.

Los discípulos de Emaús, por ejemplo, preguntan a Jesús si es *paroikeo* de Jerusalén (Lc 24,18)⁶. Cabe destacar aquí que la voz *parroquia* proviene de *paroikos* y puede significar “los que viven cerca”, pero también “la casa del

4. Más tarde, entre los primeros cristianos, estos “prosélitos” abrazarán con más facilidad la nueva fe (Hch 2,11; 6,5), y también esa nueva fe crecerá entre los “temerosos de Dios” (Hch 13,43; 18,7), simpatizantes no circuncidados, como Cornelio (Hch 10,2).
5. “Es calificado de *paroikos* el vecino, el aliado; la palabra es, juntamente con *metoikos*, un término técnico que designa al *no-ciudadano*, pero, en contraposición a este, el *paroikos* goza de derechos especiales (que a veces han sido comprados)”. En L. Coenen (col.), “Extranjero”, en *Diccionario teológico del Nuevo Testamento*, vol. II, p. 158 (Salamanca: Sígueme, 1990).
6. La palabra parroquia procede del sustantivo griego *paroikía*, o del verbo *paroikéo* (“vivir junto a”). La traducción griega del Antiguo Testamento usa el verbo *paroikeo* para significar “vivir como forastero” o “peregrinar”. Por eso, la Vulgata lo traduce al latín como *peregrinari*. Aparece dieciséis veces en el Antiguo Testamento y dos en el Nuevo, para designar a los que viven en el extranjero sin derecho de ciudadanía. Cfr. http://www.mercaba.org/Rialp/P/parroquia_i_significado_etimolog.htm. Otros exégetas afirman que en la Septuaginta se usa para traducir once veces el *ger* del Antiguo Testamento y diez veces el *toshav* (residente que no se naturalizaba).

extranjero”, los que se consideran extranjeros (Ef 2,19), los de paso (1 Pe 1,17), los emigrantes (1 Pe 2,11), los peregrinos (Hb 11,13) y los que viven en vecindad.

Los residentes temporales o *parepidemos* son extranjeros que residen transitoriamente en otro país. A veces, la voz se traduce como peregrinos. Los patriarcas (Hch 11,13) y los cristianos (1 Pe 1,1; 2,11) viven como peregrinos o transeúntes. En el siguiente círculo concéntrico, se encuentran los extraños o forasteros, o *xenoi*, de donde se deriva la voz *xenofobia* u odio al extranjero. Otras voces griegas semejantes son *alotrios* (extranjero) y *allogenes* (extraño). De hecho, los LXX traducen *nokri* y *zar* como *alotrios* y *allogenes*. La voz *aliens*, muy usada en Estados Unidos para referirse despectivamente a los extranjeros que deben ser expulsados, proviene del mismo término griego —alienígena o de otra raza. Filipenses (3,20) y Efesios (2,19) declaran que los cristianos procedentes de la gentilidad ya no son extranjeros (*xénoi* y *pároikoi*), sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios. En Mateo 25,31ss, la voz *xenos* aparece cuatro veces. El samaritano agradecido es un *allogenes*.

Finalmente, estaban los libertos o esclavos que habían conseguido su libertad, pero sin derechos, y los esclavos, que eran numerosos, probablemente la tercera parte de la población de algunas ciudades del siglo III. Algunas ciudades eran más cerradas al extranjero (Esparta) que otras (Atenas). En cualquier caso, los extranjeros nunca eran ciudadanos con plenos derechos. Aquí lo que interesa subrayar es la pérdida de los derechos en la medida en que uno se encuentra en un círculo más externo.

Cuando nace Jesús, el mundo griego había sido conquistado por el *mundo romano*, después de la batalla de Corinto (146 a. C.). La romanización había conservado la cultura griega, pero había impuesto nuevas costumbres políticas y militares, y sobre todo, el derecho romano. Los romanos tomaron la hospitalidad de los estoicos, pero solo se beneficiaba de ella el extranjero de clase alta. La sociedad romana también se organiza en círculos concéntricos: *cives* por nacimiento, *cives* por naturalización, *peregrini* y *hospes*.

La diferencia entre los dos primeros círculos concéntricos la encontramos en los Hechos. El comandante que arresta a Pablo se sorprende de que este sea ciudadano romano por nacimiento, mientras que a él la ciudadanía le había costado mucho dinero (Hch 22,25-29).

El imperio romano se preocupa por la delimitación de sus *fronteras*. Sin embargo, es una preocupación ambigua. Por un lado, busca la seguridad de quienes están dentro de ellas, pero por otro lado, la dinámica imperial desplaza cada vez más las fronteras. En tiempos de Augusto, las fronteras se establecen en las montañas (el Atlas en Mauritania), los ríos (Rin y Danubio) y los desiertos (Sahara). De todas maneras, son fronteras temporales, porque se ampliarán hasta alcanzar su máxima expansión en la época de Trajano, con la conquista del reino de los nabateos (Arabia) y Susa, al este del Tigris.

Su sucesor construye *el muro de Adriano*, entre 122 y 132 d. C., para separar a los pueblos sometidos y a los pueblos enemigos, es decir, ingleses y escoceses. Pero los romanos nunca lograron resguardar sus fronteras, en particular, la de los germanos. La necesidad de defenderlas lleva a incorporar germanos en las legiones romanas. De esa manera, abrieron las puertas a las invasiones bárbaras y facilitaron el final del imperio.

El historiador italiano Alessandro Barbero⁷ ha descubierto, en su estudio sobre *la inmigración* de los bárbaros en el imperio romano, variaciones notables en la política migratoria de los emperadores. Unos cierran las fronteras, pero otros las abren. En general, se observa la necesidad de admitir a nuevos pueblos. Esto demuestra que los muros, en ese entonces, el Danubio, no sirven.

Los hunos empujan desde Asia. Algunos historiadores explican esa migración en la existencia de muros. La dinastía china Han deseaba alejar a los hunos de su muralla. Por tanto, en el siglo IV, estos empujan a los godos, los alanos, los suevos y los vándalos. El edicto de Caracalla ya había concedido la ciudadanía romana a todos los *peregrini*, en el siglo anterior (212). Aureliano (270-275) permitió que los visigodos se establecieran en Dacia (Rumania actual). Después de la batalla de Adrianópolis, en la que muere el emperador Valente (378), Constantino convierte a los godos en federados para que defendieran las fronteras. Teodosio (382) accedió a que numerosos godos entraran y se asentaran en los Balcanes.

Muchos godos habían sido reclutados para las legiones destacadas en las fronteras, cuando la población romana descendió. Los romanos tenían menos hijos y la cantidad de matrimonios descendió, mientras que los adultos solteros aumentaron, lo cual era motivo de preocupación de los emperadores. La necesidad los obliga a recurrir a los bárbaros para mantener las legiones y cultivar la tierra. De esa forma, esos bárbaros se romanizaron, en particular, aquellos que se convierten al cristianismo.

La Iglesia es un factor determinante en esa *mezcla de culturas*. Algunas invasiones fueron muy violentas y devastadoras, como el saqueo de Roma por Alarico (410). En medio de un mundo convulsionado por los cambios, la Iglesia actúa como fuerza estabilizadora. Los hunos de Atila y sus famosos y temidos arqueros a caballo entraron, al fin, en Italia e hicieron huir al último emperador, residente en Ravena, la capital del imperio de occidente. Sin embargo, no entraron en Roma, gracias a la negociación de León I con Atila. A su muerte (453), sus hijos se disputaron el poder y los hunos se dispersaron y se mezclaron con otras poblaciones. Los nuevos reyes bárbaros —los ostrogodos en Italia, los visigodos en España y los francos en Francia— asumieron y pronto se convirtieron al

7. Cfr. A. Barbero, *Barbares, immigrants, réfugiés et déportés dans l'empire romain* (París: Tallandier, 2009).

cristianismo, lo que contribuía a ordenar el caos causado por la caída del imperio. De esa manera, este rescató el derecho romano y la sabiduría grecolatina.

Esta historia guarda semejanzas con la actualidad. El ejército de Estados Unidos recluta a los latinoamericanos con la promesa de la nacionalidad para librar sus guerras en el oriente. El problema demográfico de Europa y Estados Unidos puede resolverse con los inmigrantes, pero los prejuicios respecto a la seguridad y la identidad cultural lo dificultan sobremanera. La política migratoria oscila entre la apertura y la cerrazón, dependiendo del gobernante, pero el repliegue de la identidad no ha sobrevivido.

Cuando Jesús nace, el pueblo judío se encuentra, en gran medida, disperso (la diáspora), en las principales ciudades del Mediterráneo, como Alejandría, Cirene, Corinto, Tarso o la misma Roma. Tanto en Israel como en estas ciudades operan los círculos concéntricos de pertenencia. El núcleo lo conforman los *judíos de nacimiento*, seguidos por los *prosélitos* o conversos al judaísmo (la traducción griega de la Biblia utiliza la voz *prosélito* para el *ger* hebreo del Antiguo Testamento, en 90 ocasiones). En el siguiente círculo, se encuentran *los temerosos de Dios*, o no conversos que aceptan el monoteísmo y algunas de las costumbres judías. Luego, se encontraban *los samaritanos*, que adoran al mismo Dios de Israel, pero de quienes los judíos no se fían y a quienes consideran cercanos a los gentiles. En el círculo más externo, se encuentran *los gentiles* y *los paganos*, para quienes los judíos tenían calificativos despreciables.

Algunos calculan que antes del año 70, Judea estaba habitada por dos millones y medio de judíos, mientras que en la diáspora habría unos cuatro millones. Algunos cristianos judíos procedían de la diáspora. Este es el caso de Bernabé, originario de Chipre (Hch 4,36); de Priscila y Áquila, que del Ponto se trasladan a Roma (Hch 18,2); de Apolo, nacido en Alejandría (Hch 18,24) y Pablo de Tarso (Hch 22,3). En consecuencia, los primeros cristianos son inmigrantes.

Las comunidades de la diáspora enviaban una contribución anual para el templo de Jerusalén, una especie de *remesa religiosa*. Cuidaban mucho la relación con la tierra de sus orígenes y, si podían, viajaban a Jerusalén durante las ferias. Por eso, el día de pentecostés había gente procedente de muchos países en la ciudad —de Partia, Media, Elam, Mesopotamia, Capadocia, Ponto, la provincia romana de Asia, Frigia, Panfilia, Egipto, Libia, Roma, Creta y Arabia (Hch 2,9-11).

Una vez presentados los muros físicos y concéntricos del templo, y los muros jurídicos de la ciudadanía y la migración, también concéntricos, en el mundo griego, romano y judío, vamos a echar una mirada a la relación de Jesús con los muros.

3. Jesús y los muros

En las viviendas de Belén, el pueblo de donde proviene José, no hay posada para Jesús. De esa manera, aun antes de nacer, Jesús se encuentra con paredes y puertas cerradas. Poco después, la persecución de Herodes lo obliga a salir y a buscar refugio en Egipto.

Más tarde, los romanos rechazan a Jesús por ser judío; los samaritanos, porque va a Jerusalén (Lc 9,51-56); los judíos, por ser de Galilea; los galileos, por ser de Nazaret. Incluso los de Nazaret intentan despeñarlo por un barranco (Lc 4,14-30). Jesús habla arameo, una lengua regional y campesina, y no hebreo, el idioma oficial. Los galileos eran reconocidos por su forma de hablar (Mc 14,70), lo cual era motivo de burla. Pero el rechazo más elocuente de Jesús es su crucifixión fuera de los muros de la ciudad (Hb 13,11).

En la genealogía de Jesús, figuran cuatro mujeres extranjeras (Mt 1,3-6). Al igual que los inmigrantes, no tiene dónde reclinar su cabeza (Lc 9,58) y lleva una vida itinerante. Recorre caminos y pueblos, y pide posada o se aloja con familias hospitalarias: en la casa de Pedro, en Cafarnaum; en la de Leví; en la de Zaqueo, en Jericó; y en la casa de Marta y María, en Betania. En el camino de Emaús, lo confunden con un extranjero.

Sin embargo, Jesús supera los muros familiares y de sangre. “¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?”. Y, extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: “Estos son mi madre y mis hermanos. Pues todo el que cumpla la voluntad de mi Padre celestial, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre” (Mt 12,46-50). Esto no quiere decir que Jesús no haya respetado y amado a sus parientes, sino que apunta más allá. Él tiene una familia más grande, por la cual hay que dejar al padre, a la madre, a los hermanos... La familia de sangre está, pues, al servicio de la fraternidad universal y no debe encerrarse en sí misma.

Jesús supera los muros culturales y se abre a otras culturas. Declara puros todos los alimentos (Mc 7,15-19), lava los pies a los comensales, una tarea propia de esclavos, y habla en público con las mujeres. De esa manera, rechaza las normas culturales que impiden la fraternidad universal.

Jesús supera los muros de género. No solo habla con la samaritana en el pozo, sino que es amigo de mujeres como Marta y María, y María Magdalena. Se deja tocar y ungir por una prostituta, cambia de parecer ante la respuesta de la siro-fenicia (Mc 7,26). Y en el templo, se sienta un rato en el patio de las mujeres, donde contempla la ofrenda de la viuda. Finalmente, se salta la discriminación legal, que impedía a las mujeres testificar en un juicio, al elegir las como testigos de su resurrección.

Jesús también supera los muros nacionales. Su misión traspasa la frontera de Israel y predica en la región de los gasenos (Mc 5,20) y en Tiro y Sidón (Mc

7,24-31). Decide pasar por Samaria (Jn 4,4), donde dialoga con la samaritana. La misma Cafarnaum, aunque se encuentra en Galilea, era conocida como la "Galilea de los gentiles" (Mt 4,13-15), debido a que se encuentra en "el camino del mar", entre Damasco y el puerto de Cesarea, por donde pasaban muchos extranjeros y había cierto mestizaje cultural.

No obstante, muchos investigadores niegan la misión de Jesús entre los paganos. Aseguran que muchas de las referencias mencionadas son postpascuales, es decir, fueron añadidas cuando la Iglesia se había abierto a ellos. Si bien Mateo y Lucas hablan de la evangelización a los gentiles después de la resurrección (Mt 24,14 y Lc 24,47), sitúan su relato en la misma perspectiva universalista. Desde su nacimiento, Jesús es "luz para alumbrar a las naciones" (Lc 2,32), y los extranjeros lo reconocen como Hijo de Dios, pues los primeros que lo adoraron fueron unos sabios de oriente (Mt 2,1).

Si atravesó o no atravesó las fronteras de Israel, no importa tanto como su actitud ante el muro del nacionalismo. Es evidente que Jesús no se encerró en el nacionalismo. Numerosos pasajes indican su apertura al extranjero: el centurión romano con un criado enfermo (Mt 8,5-13), la siro-fenicia (Mc 7,24-30) o la cananea (Mt 15,21-28), con quien conversa y le hace cambiar de opinión respecto a la curación de su hija, y los griegos que lo quieren ver (Jn 12,20-26). Los textos son demasiados como para negar la apertura de Jesús. Él no rechazaba a nadie y, por esa razón, muchos extranjeros de la Decápolis y del otro lado del Jordán lo seguían (Mt 4,24-25). El sermón de las bienaventuranzas es escuchado por extranjeros, tanto en Mateo como en Lucas. Este, en concreto, habla de gente de Tiro y Sidón (6,17). Así, aunque no hubiera traspasado las fronteras de Israel, superó los muros nacionalistas. De lo contrario, resulta difícil que un extranjero, el centurión romano, haya confesado a Jesús como Hijo de Dios al pie de la cruz (Mc 15,39) y que su mensaje fuera rápidamente asumido por los paganos.

Jesús insiste en la idea de Isaías de que el templo es casa de oración para *todos* los pueblos (Mc 11,17). Adorar a Dios en el monte Garizim o en Jerusalén es irrelevante, lo realmente importante es si se hace "en espíritu y en verdad" (Jn 4,23). Cuando la norma religiosa se erige en un muro que le impide acercarse al que sufre, Jesús la supera, tal como sucede con la ley del sábado. Cura en sábado, aun cuando la norma religiosa lo prohibía.

Por último, Jesús resucitado supera todos los muros. No solo porque traspasa los muros físicos tras los cuales se habían encerrado los apóstoles, presas del miedo a los judíos (Jn 20,19), sino y sobre todo porque con su resurrección traspasa el último muro: el de la muerte. El velo del templo se rasgó y con él la separación de lo divino y lo humano. Acertadamente, González Faus afirma

que “*Jesús vivió saliendo de sus círculos de totalidad humana (el familiar, el religioso, el de la ley, el del pueblo judío) hacia los que estaban ‘fuera’*”⁸.

En efecto, el Espíritu de Jesús traspasó los muros del cenáculo y la barrera de los diferentes idiomas para mostrar un camino inverso al de la torre de Babel. Provenían de muchas naciones, se reunieron y se entendieron, porque no los unía la soberbia humana, sino la humildad divina de un Espíritu sin fronteras.

Así, el primer milagro de la Iglesia es traspasar los muros. Ya nos hemos referido antes al acontecimiento de la Puerta Hermosa. El cojo al que Pedro curó, “lo levantó”, no se retiró a su casa, sino que, lleno de felicidad, ingresó en el atrio sagrado, un espacio que le estaba vedado (Hch 3,8). El mensaje contra la exclusión y la discriminación es evidente en la referencia a la dignidad humana. Lucas conoce la fuerza de la mirada para traspasar los muros de la desconfianza, la soberbia y la culpa. Por eso, Pedro pidió al cojo: “míranos a los ojos” (Hch 3,4). Asimismo, Lucas es el único evangelista que señala el intercambio de miradas entre Jesús y Pedro, después de las negaciones de este (Lc 22,61).

El cristianismo se expande a partir de *la casa abierta* y acogedora como la de *Lidia*, quien después de ser bautizada, declaró: “‘Si ustedes piensan que mi fe en el Señor es sincera, vengan y quédense en mi casa’. Y nos obligó a aceptar” (Hch 16,15). *Gayo* (3 Jn 5-8) es alabado por su hospitalidad con los hermanos (*adelfoi*) y los extranjeros (*xenous*). Otras casas, como la de *Priscila y Áquila*, eran de inmigrantes. Este matrimonio, nacido en la diáspora, fue expulsado de Roma por el emperador Claudio, de la misma manera que en la actualidad, miles de inmigrantes son deportados o repatriados. Los esposos se trasladaron primero a Corinto, luego fueron a Éfeso y de aquí, retornaron a Roma. En Corinto, abrieron su casa a Pablo, quien permaneció con ellos dieciocho meses. Pablo dice que expusieron sus cabezas para salvarlo (Rm 16,3-5).

Las normas de pureza impedían a *Pedro* entrar en la casa de un extranjero, gentil o pagano, porque podía verse obligado a comer carne que los judíos consideraban inmunda. Sin embargo, visita la casa de Cornelio, porque este lo había mandado a llamar. Al llegar, Cornelio cae de rodillas, pero Pedro lo levanta: “Levántate, que también yo soy un ser humano” (Hch 10,26). Luego, le dice: “A mí me ha manifestado Dios que no hay que llamar profano a ningún hombre ni considerarlo impuro” (Hch 10,28). Este pasaje, que no ha recibido mucha atención, expresa un cambio radical, que nos recuerda la frase hoy tan usada para defender a los inmigrantes: “nadie es ilegal”. De regreso en Jerusalén, los hermanos de la Iglesia preguntaron a Pedro por qué había traspasado ese muro con los gentiles (Hch 11,3). Entonces, este cuenta cómo vio descender del cielo un lienzo enorme repleto de animales e invitándolo a comer, mientras una voz le decía: “lo que Dios

8. J. I. González Faus, *La teología de cada día*, p. 285 (Salamanca: Sígueme, 1976).

ha limpiado no es inmundo” (Hch 11,9). La superación de este *muro cultural* no fue fácil. Aun después de la visión, Pedro teme que los de Santiago lo vean comer con los paganos (Gal 2,11-13).

La *Carta de Santiago*, dirigida “a las doce tribus de la dispersión”, habla de los muros sociales. En la comunidad cristiana, las diferencias entre ricos y pobres no tenían cabida. Por tanto, no debía hacer “acepción” (2,19) de personas, es decir, “distinción” (2,4) entre un rico y un pobre. Y si se daban, Pablo afirma que esas reuniones “no son la cena del Señor” (1 Cor 11,20).

El encuentro de Felipe con el etíope muestra que los primeros cristianos no se dejaron encerrar por los *muros de la nacionalidad*. Inspirado por el Señor, Felipe se pone en camino y de Jerusalén se dirige a Gaza. Allí encuentra a un extranjero, un etíope, que se convierte y a quien bautiza (Hch 8,26-40). Conviene observar que Felipe no discrimina al etíope por ser rico o un alto funcionario, ya que administraba el tesoro de la reina de los etíopes (Hch 8,27).

La duda de si encerrarse en el judaísmo, tal como proponen Santiago y sus seguidores, o abrirse a los extranjeros, la propuesta de Pablo y los suyos, creó una gran polémica, hasta el extremo de hacer necesaria la convocación del primer concilio de la Iglesia. La cuestión planteada era si debían ir al extranjero o permanecer en el judaísmo. El llamado concilio de Jerusalén (alrededor del año 50) discute sobre este “muro” y acuerda superarlo —el relato de Gálatas 2,10 parece más exacto que el de Hechos. La decisión, inspirada por el Espíritu sin fronteras, marcó para siempre a la Iglesia y sus consecuencias fueron de enorme trascendencia. Pablo asumió la defensa apasionada de la inexistencia de la separación de los extranjeros.

En efecto, Pablo declara que en el hombre nuevo “*ya no hay distinción de extranjeros, bárbaros o escitas* [...]”, sino que Cristo es todo en todos” (Col 3,11). Ya no hay diferencia entre judío y griego, esclavo y libre, varón y mujer (Gal 3,28), y tampoco debía haber diferencia entre ricos y pobres, porque, en ese caso, ya no sería la cena del Señor (1 Cor 11,17-22). *Pablo derribó todos los muros*. Es quien mejor comprendió que “la sangre de Cristo destruye el muro de separación y hace de los dos pueblos uno solo” (Ef 2,13-14). Los extranjeros y los huéspedes (advenedizos) desaparecen, porque todos son ciudadanos de la ciudad de los santos o de la familia de Dios, según otras traducciones (Ef 2,19). Al derribar los muros, “por Cristo Jesús y por su sangre, ustedes que estaban lejos han venido a estar cerca” (Ef 2,13).

Pablo es totalmente coherente con su pensamiento. Hijo de judíos de la diáspora, corre los mismos peligros que los inmigrantes de entonces y de ahora: naufraga en tres ocasiones, pasa un día y una noche en el mar, lo azotan varias veces, cruza ríos y desiertos, y es apedreado, encarcelado y asaltado en ciudades y campos, por judíos y por otros. En una palabra, pasa “trabajo y fatiga;

noches sin dormir, muchas veces; hambre y sed; muchos días sin comer; frío y desnudez” (2 Cor 11,21-28). En Filipos, él y Silas son acusados de ser extranjeros y de alborotar la ciudad con costumbres ajenas a las romanas. Por causa de la xenofobia, los dos son azotados y encarcelados con un cepo en los pies (Hch 16,12-24), al igual que miles de inmigrantes de hoy en día, encerrados en centros de detención⁹.

Además, Pablo se encontró con funcionarios corruptos que, como los de hoy en día, exigían dinero a cambio de benevolencia (Hch 24,26). Pero Pablo era ciudadano romano, lo cual le daba un estatuto similar al que en la actualidad otorga el pasaporte estadounidense. Sin embargo, él utiliza ese privilegio para expandir el evangelio por los caminos del imperio romano (Hch 22,25-29). No es extraño entonces que a alguien que siempre estaba de viaje, Cristo se le haya aparecido en el camino de Damasco y que después de su conversión, haya tenido que abandonar dicha ciudad clandestinamente, en un canasto para salvar el muro (Hch 9), que lo hayan matado fuera de los muros de Roma y que su último sueño haya sido seguir su peregrinaje para llegar a España.

Pablo muere, evidentemente, por Cristo y el evangelio. Sin embargo, es interesante observar que es capturado por introducir a Trófilo, un extranjero de Éfeso (Hch 21,29-39), en el templo, para lo cual traspasó un muro que no podía franquear. Pablo es acusado de saltarse este muro (el *soreg*). Ya hemos hablado de él y de los letreros que advertían al pagano no traspasarlo so pena de ser castigado con la muerte. Introducir un extranjero en el primer patio no era delito, pero conducirlo al siguiente, sin respetar el muro de separación, era un delito muy grave. Pablo es acusado, al igual que los emigrantes indocumentados de hoy en día, de terrorista y sedicioso (Hch 21,38; 24,5).

Si bien algunas biografías de Pablo niegan el hecho, sería muy coherente que hubiera violentado la prohibición, puesto que ese muro y los letreros simbolizaban la ley, la muerte, la separación, temas que ataca en sus cartas. La carta a los Efesios declara que Cristo vino a derribar con su sangre el muro de separación entre los pueblos.

El caso es que la acusación contra Pablo provocó un tumulto. Lucas dice genialmente que después de su captura, se cerraron las puertas del templo (Hch 21,30). Así, pues, este quedó cerrado para los hijos de Dios y la fraternidad. La imagen es

9. Esos muros no tienen tanta prensa como el muro de Arizona, pero han proliferado en muchos países, en los últimos años. Es una acción ilegal privar de libertad a alguien sin que haya delito de por medio y ser migrante no es un delito, aun cuando se sea indocumentado. Es una falta administrativa, pero no un delito. Por tanto, no se les puede privar de libertad, menos aún si son niños y familias. En la estación migratoria de Tapachula, quien más tiempo ha estado detenido sin cometer un delito es un joven salvadoreño: 380 días.

profética: muros que separan y un cristianismo que desea derribarlos o traspasarlos. Esa no fue la primera vez que Pablo brincó un muro. En Damasco, fue descendido en una canasta (2 Cor 11,33). Sin embargo, su detención en el templo evidencia la oposición entre los muros y los extranjeros, y la fraternidad universal inaugurada por Cristo.

Alain Badiou, un filósofo ateo, afirma que Pablo es el fundador del universalismo. Por esa razón, considera plausible que hubiera atravesado el muro con el extranjero. “Pablo es un activista, y nadie puede excluir que haya creído posible, y útil, una provocación”¹⁰. Badiou cita también un guion de Pasolini para una película sobre un Pablo actual, que no llegó a filmar. “Para Pasolini, Pablo deseó destruir de manera revolucionaria un modelo de sociedad fundada en la desigualdad social, el imperialismo y la esclavitud”¹¹.

Finalmente, la oposición entre Dios y los muros tiene una representación muy fuerte en el Apocalipsis: la Jerusalén celestial tendrá siempre las puertas abiertas (21,25), tal como afirma Isaías (60,11). Francisco retoma esta imagen de las puertas abiertas en su Mensaje para la jornada mundial de la paz de 2018 (3). Es necesario añadir que la Jerusalén celestial tampoco tendrá templo (21,22), porque ya no habrá separación entre la humanidad y Dios.

4. La fraternidad: la superación de los muros

Existen tres razones para hablar de la fraternidad en el Antiguo Testamento, pero las tres son insuficientes. El pueblo de Israel no construyó la fraternidad. Por eso, Dios envía a su hijo a iniciar el camino para crear una sola familia humana sin muros.

La humanidad proviene del tronco de Adán (Hb 17,26). Por tanto, podemos afirmar que existe unidad de sangre, esto es, biológica. Pero el origen común no garantiza la fraternidad. Los hermanos siempre pelean: Caín y Abel, Isaac e Ismael, Esaú y Jacob, José y sus hermanos... También las hermanas, como Raquel y Lea, pelean. Todo indica que la fraternidad de sangre no es suficiente, porque es cerrada y excluyente. Nunca considera hermano al extranjero. Aun cuando el monoteísmo hace avanzar la reflexión sobre el único Dios, creador también de los otros pueblos, Israel es el pueblo elegido. De todas maneras, Israel había sido elegido para construir la fraternidad humana. Pero no entendió su misión. Aunque los idumeos descendían de Esaú, los amonitas y moabitas de Lot, y los árabes de Ismael..., siempre fueron considerados enemigos. De poco les valió ser hijos de Adán.

10. A. Badiou, *Pablo, la fundación del universalismo*, p. 31 (Barcelona: Anthropos, 1999).

11. *Ibid.*, p. 39.

Las leyes de la hospitalidad del código de la alianza (Éxodo), del deuteronomio (Deuteronomio) y de la santidad (Levítico) ordenaban socorrer al forastero que habitaba en medio de ellos (*ger*). Pero el extranjero nunca fue hermano.

La paternidad de Abraham —“en ti serán benditas todas las razas de la tierra” (Gn 12,3)— nunca dio paso a la fraternidad de la fe. En virtud de ella, llamamos a Abraham “nuestro padre en la fe” (Plegaria eucarística I). Lucas invoca esa paternidad tanto en el evangelio —“nuestro padre Abraham” (1,72-73.54-55)— como en los Hechos —“hermanos israelitas, hijos y descendientes de Abraham” (13,26). Pablo dice a los gálatas: “tengan, pues, entendido que los que viven de la fe, esos son los hijos de Abraham” (Gal 3,7). Y el primero de todos ellos es Cristo, llamado “hijo de Abraham” (Mt 1,1). La fraternidad fundamentada en la fe de Abraham no fue realidad en el Antiguo Testamento. Dicha fraternidad no era universal, sino patrimonio exclusivo del pueblo elegido, contrapuesto, por tanto, a los otros pueblos, a los no-elegidos. Además, la fe era vivida de forma farisaica. El cumplimiento de la ley era anterior al amor a los hermanos. Profesar la fe de Abraham no significaba solo hacer sacrificios, sino también confiar en Dios y cumplir su voluntad.

El Antiguo Testamento habla de un destino común, al final de los tiempos. Pero este tampoco es universal. Isaías anuncia que todos los pueblos llegarán a Sion (35,1-10). Israel solo es el primogénito (Ex 4,22). Según el profeta, los hijos de Sion vendrán a Jerusalén (Is 66,8; Joe 2,23; Lam 4,2): “Así dijo Yahvé el Señor: he aquí, yo tenderé mi mano a las naciones, y a los pueblos levantaré mi bandera; y traerán en brazos a tus hijos, y tus hijas serán traídas en hombros” (Is 49,22). Pero para algunos exégetas solo vendrán los judíos de la diáspora. Vendrán desde todos los pueblos, pero no serán todos los pueblos. Así, pues, no es la familia humana la que se dirige a Jerusalén, sino la familia de aquellos se hacen judíos. De ahí que la cuestión debatida en el primer concilio de la Iglesia haya sido si para ser cristiano había que convertirse al judaísmo.

Cristo es la respuesta a la pregunta que Dios hace a Caín: ¿dónde está tu hermano? En Cristo, todos somos hermanos, no por ser hijos de Adán, ni de Abraham, ni de Sion, sino por ser hijos e hijas de Dios. La hermandad de sangre no es suficiente para la conducta fraternal, tal como lo muestran los conflictos entre hermanos del Antiguo Testamento. A veces, el conflicto desemboca en el fratricidio, como en el caso de la primera pareja de hermanos. Por eso, Jesús dice que es necesario nacer de nuevo (Jn 1,12; 11,52; 1 Jn 3,1-10), una afirmación que Pablo comprendió, ya que declara que no basta con ser hijo según la carne (Rm 9,6-8).

La insuficiencia de la hermandad de la sangre no significa que no haya que asumirla. Jesús no rechaza a su madre y a sus parientes de sangre, sino que habla de una familia más grande, la cual incluye, por supuesto, a su madre, ya que ella era de quienes “escuchan la palabra de Dios y la cumplen” (Lc 8,19-21). En la encarnación, Cristo asume esa fraternidad de sangre, pues “debía ser semejante

en todo a sus *hermanos*" (Hb 2,17); se identifica con los que santifica, al participar de su misma condición de "carne y sangre" (Hb 2,14), y por eso, "no se avergüenza de llamarlos *hermanos*" (Hb 2,11). Cristo fue probado en todo, al igual que nosotros, excepto en el pecado (Hb 4,15). En su encarnación, nos hace a todos más hermanos que si solo fuéramos hijos de Adán.

En consecuencia, también nosotros hemos de asumir la aflicción y los sufrimientos de los inmigrantes. Aquello que no es asumido, no es redimido, decían los primeros concilios. Por tanto, la Iglesia debe estar presente en los caminos que ellos recorren, experimentando las pruebas a las que ellos son sometidos. No bastan, pues, las casas de inmigrantes, que, gracias a Dios, crecen y se extienden. Iglesia no son solo los sacerdotes, los religiosos y las religiosas, sino también los laicos y las laicas inmigrantes, como Priscila y Áquila. Todos ellos llevan su fe por los caminos y ciudades del nuevo Mediterráneo de la globalización.

Frente a la fraternidad de fe del Antiguo Testamento, expresada con la fórmula "hijos de Abraham", Jesús dice claramente que eso no basta, porque "de las piedras pueden salir hijos de Abraham" (Mt 3,9; Lc 3,8). Si Abraham es modelo de fe para el cristiano (Rm 4,18-25), es porque se habla de una fe que no solo acepta, sino que también obedece la palabra de Dios (Hb 11,8-19). Es decir, no solo confiesa la fe, sino que también hace sus obras (Jn 8,39). Ser hijo de Abraham, por tanto, no asegura la salvación (Lc 13,6-9; Jn 8,31-59). La salvación se alcanza siendo un hijo de Dios que ama a su hermano (1 Jn 3,10).

Esa fraternidad de fe resultó insuficiente por dos razones. La primera es haber confundido la fe con algo recibido, sin considerar si se posee la misma actitud de confianza que Abraham. Por eso, el Nuevo Testamento discute la relación entre la fe y las obras (Santiago) y la fe y la ley (Pablo). En el siglo XVI, este debate provocó la separación de los protestantes. En la actualidad, la Declaración conjunta luterano-católica sobre la justificación, del 31 de octubre de 1999, expresa el consenso alcanzado sobre cómo interpretar "las obras" y "la ley". La otra razón es que Israel no entendió que su elección estaba en función de hacer un solo pueblo con los demás. En vez de ello, optó por encerrarse en su pequeña fraternidad excluyente. Esta clase de fraternidad acaba cercada por sus propios muros y ve enemigos en todos los extranjeros.

Cristo asumió esta fraternidad de fe, pues observó la religión judía, pero la superó, al dar más importancia al mandamiento del amor que a la ley. El mandamiento no invita a amar al que te ama (Mt 5,46), sino a amar a los enemigos (Mt 5,44-45), porque esta es la única manera de que la fraternidad sea universal. Si Dios es padre de todos, el mandamiento del amor es universal, ya que rompe los círculos concéntricos o los reductos del amor. La unidad de la fe y del amor hará posible la universalidad de la fraternidad. "Que todos sean uno, no solo estos, sino los que creerán, para que el amor con que tú me amas esté en ellos y contemplen mi gloria" (Jn 17,20-26).

La parábola del buen samaritano (Lc 10,30) expresa bien el mandamiento nuevo de cara al acompañamiento de los inmigrantes. Propone un nuevo concepto de prójimo. El prójimo ya no es el compatriota, el próximo para los judíos. Un samaritano, un extranjero para estos, hace de prójimo para el caminante apaleado. De esa manera, Jesús universaliza el concepto, reducido hasta entonces a una fraternidad cerrada. La universalización tiene lugar por el lado de la víctima —los extranjeros que van de camino también son prójimos. En concreto, por el lado de quien ayuda. Un extranjero samaritano discriminado en Israel se vuelve prójimo de la víctima. El samaritano hace mucho más que procurar la curación —vendas, vino y aceite—, un medio de transporte, su cabalgadura, y posada. Se desvive como si se tratara de su hermano. Por eso, pasa la noche con él. Pero como la fraternidad personal debe ser complementada con la institucionalizada (la posada), deja dinero al posadero. El buen samaritano ama como Jesús nos amó, dándolo todo y dándose él mismo. Eso hace que el mandamiento del amor sea nuevo: se ama “como Él nos ha amado” (Jn 13,34), como un hermano.

La redención a la comunión de los santos, una fraternidad universal. En ella convergen el cosmos, todas las generaciones y Dios. Este es el significado del velo rasgado del santuario, el último muro del templo, el que separaba a la humanidad de Dios y a los hombres y mujeres que la conforman. El Resucitado es “el primero de una multitud de hermanos” (Rm 8,29). De ahí que santo Tomás¹² llame a la redención “gracia de fraternidad”. En esa misma línea, el cardenal Martini afirma que “la muerte de Jesús en la cruz elimina cualquier frontera y nos hace miembros de una humanidad que encuentra su unidad en Cristo”¹³.

En Jesús, la fraternidad no solo se observa en la forma como traspasó los muros de sangre, nación y cultura, sino también en cómo, después de su resurrección, esa fraternidad estalla y se expande. El Resucitado llama *hermanos* a los discípulos y envía a María Magdalena “a decir a mis *hermanos*: subo a mi Padre, que es Padre de ustedes” (Jn 20,17). También envía de la misma manera a las mujeres: “vayan y digan a mis *hermanos* que se dirijan a Galilea, allí me verán” (Mt 28,10). Antes, en la cena, encarga a Pedro: “cuando hayas vuelto, fortalece a tus *hermanos*” (Lc 22,32).

Los primeros cristianos, llenos del Espíritu de Jesús, descubren esa fraternidad, porque somos “adoptados hijos de Dios por medio de Jesucristo” (Ef 1,5). En el sermón del monte, Jesús dice a su auditorio, en numerosas ocasiones, “el Padre de ustedes” (Mt 6,26 y Lc 6,36). De la misma manera, enseñó a rezar diciendo “padrenuestro” (Mt 6,9), mostrando así que todos somos hermanos y

12. *Summa theologica*, IIa-IIae, 14, 2, ad 4. Citado por Juan Pablo II, en *Familiaris Consortio* 21.

13. C. M. Martini, “El extranjero en la Escritura”, o. c., p. 422.

debemos formar una sola familia. El Espíritu Santo clama en nuestros corazones: “Abba, Padre” (Gal 4,6), la voz aramea con la que Jesús se dirige a su Padre (Mc 14,36). En definitiva, Jesús nos mostró que Dios es Padre de todos, incluso de los malos (Mt 5,45), y que no quiere que nadie se pierda (Mt 18,14).

Otra parábola nos muestra cómo construir la fraternidad con las personas inmigrantes. La escatología de los “hijos de Sion” tiene su correlato neotestamentario en la fraternidad de la parábola del juicio de las naciones. La identificación de Jesús con el extranjero es un llamado a la hermandad. “Uno de estos pequeños forasteros [*xenos*], mis *hermanos*” (Mt 25,31-46). La voz griega *xenos* es la que expresa la mayor lejanía posible. Así, pues, el extranjero es “uno de mis hermanos más pequeños” (Mt 25,40). Fraternidad y migración están unidas. Pero esa unidad no es producto de mi generosidad, sino de Cristo, que se hace hermano. La importancia del texto no estriba solo en el deber de solidaridad con el hambriento y el forastero, algo que ya pide el Antiguo Testamento, sino en que en ellos está Cristo, nuestro hermano.

La fraternidad que nace de la pascua ha sido recordada por el papa Francisco, en la *Regina coeli* del 2 de abril. Según sus palabras, la fraternidad es “fruto de la pascua de Cristo que, mediante su muerte y resurrección, derrotó al pecado que separaba al hombre de Dios, al hombre de sí mismo, al hombre de sus hermanos”. Asimismo, “la pascua de Cristo ha hecho estallar en el mundo la novedad del diálogo”. Por esa razón, es una responsabilidad de los cristianos, llamados “a cuidar el bien común y a nuestros hermanos, especialmente a los más débiles y marginados”¹⁴.

El papa Francisco es un apóstol de la fraternidad. La importancia de la redención en la fraternidad universal, la explica en su primer Mensaje para la jornada mundial por la paz:

Sobre todo, la fraternidad humana ha sido regenerada *en y por* Jesucristo con su muerte y resurrección. La cruz es el “lugar” definitivo donde se *funda* la fraternidad, que los hombres no son capaces de generar por sí mismos. Jesucristo, que ha asumido la naturaleza humana para redimirla, amando al Padre hasta la muerte, y una muerte de cruz (*cf.* Flp 2,8), mediante su resurrección nos constituye en *humanidad nueva*, en total comunión con la voluntad de Dios, con su proyecto, que comprende la plena realización de la vocación a la fraternidad (Mensaje Jornada mundial por la paz, 2014, 2).

14. Papa Francisco, *Regina coeli*, 2 de abril de 2018. Disponible en <http://www.vaticannews.va/es/papa/news/2018-04/papa-francisco-regina-coeli-fraternidad-lunes-del-angel-pascua-.html>.

5. Los primeros cristianos y la fraternidad

El cristianismo experimenta la fraternidad por primera vez en pentecostés. La lengua del amor rompe la barrera de las lenguas de los pueblos, como ya dijimos, pero ahora queremos agregar su dimensión universal. Esa es la idea central de Lucas en su evangelio (24,47) y en Hechos (1,8; 2,1-13). En efecto, Lucas avanza excéntricamente, hacia afuera, es decir, hacia la universalidad. Jesús sale de Nazaret a Galilea y de aquí se dirige a Jerusalén, donde lo matan y resucita. De la misma manera, los primeros cristianos pasan del encierro en el cenáculo de Jerusalén a Samaria, luego a Antioquía y a las principales ciudades del Mediterráneo, y terminan en Roma, la ciudad más universal de la época. La salvación va rompiendo los círculos concéntricos para llegar a todos. Las fraternidades localistas y cerradas de sangre, de pueblo, de región o de nación se van superando para llegar a la fraternidad universal. Y el origen de todo se encuentra en la muerte y resurrección de Jesús.

Los primeros cristianos tienen conciencia de la igual dignidad de todos los seres humanos. En Listra, donde casi adoran a Bernabé y Pablo por haber curado a un tullido, estos responden que son hombres como ellos y no dioses (Hch 14,15). Lo mismo le ocurre a Pedro en la casa de Cornelio. Cuando este se arrodilla, Pedro lo levanta y le dice: “Levántate, que también yo soy un ser humano” (Hch 10,26). Tal vez la orden que Pedro da al cojo de la Puerta Hermosa, “míranos”, significa lo mismo. La igualdad lleva a elegir a Nicolás de Antioquía, extranjero y prosélito, como uno de los siete primeros diáconos (Hch 6,5). La primera Iglesia no discrimina al extranjero, tal como hacía el judaísmo. Los judíos no elegían a los prosélitos para los cargos, porque como extranjeros tenían una “leve mancha”¹⁵.

El concilio de Jerusalén solo impone una condición a Pablo, que sus comunidades del extranjero “se acordaran de los hermanos pobres de Jerusalén” (Gal 2,10). Por tanto, una exigencia que refiere a la fraternidad. Lucas también insiste en lo mismo, pues en la carta dirigida a Antioquía se lee: “saludamos a los *hermanos no judíos* que viven en Antioquía” (Hch 15,22-23).

De esa manera, los primeros cristianos comenzaron a crear la fraternidad: “todo lo tenían en común”. De hecho, la voz *fraternidad* aparece por primera vez en la Primera carta de Pedro (2,17; 5,9). Según Michel Dujarier, teólogo de Benin y estudioso de la eclesiología de la fraternidad, esa voz no existe en la literatura civil y religiosa anterior a la carta de Pedro. Las voces *adelphos*, hermano nacido de la misma madre, y *philadelphia*, amor fraterno, ya existían, pero no *adelphotes* o fraternidad. La literatura griega utiliza *adelphos* para referirse a los parientes, los compañeros y los amigos, a veces, incluso a los colegas y compatriotas.

15. J. A. Martínez Díez, *El cristiano ante la inmigración*, o. c., p. 62.

También la usa para los correligionarios o los de la misma religión. Para el autor de la carta de Pedro, los cristianos son extranjeros en la dispersión (1,1) que se aman como hermanos (1,22; 2,17; 3,8). Así, pues, la Primera carta de Pedro une inmigrantes, extranjeros y fraternidad, la gran novedad del Nuevo Testamento.

Cristo había dejado claro que Dios es padre de todos y, en consecuencia, los cristianos comienzan a hablar de fraternidad. La conciencia de Dios padre, “a quien se refiere toda patria o familia en el cielo y en la tierra” (Ef 3,14), hace posible pensar en la unidad de la familia humana. La fraternidad universal es consecuencia directa de la confesión de la creencia en “un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos” (Ef 4,6).

Antes de la popularización de la voz “cristianos”, los seguidores de Jesús se llamaban entre ellos “hermanos”, una denominación que aparece continuamente en el Nuevo Testamento. Las comunidades de Juan se sienten resucitadas a la fraternidad: “Nosotros hemos pasado de la muerte a la vida. Y lo sabemos porque amamos a nuestros *hermanos*. El que no ama a su *hermano* sigue muerto” (1 Jn 3,14).

En las cartas paulinas, escritas mucho antes que las de Juan, la voz “hermanos” aparece 128 veces¹⁶. Por esa razón, Badiou llama a Pablo “el fundador del universalismo”. En realidad, su conversión no ocurre solo en el camino de Damasco, sino también en la ciudad misma, a donde llegó ciego. Ahí ocurrió algo relacionado con la fraternidad. Ananías, uno de los cristianos a quienes Saulo iba a perseguir y, probablemente, también a martirizar, igual que Esteban, fue a la casa donde se hospedaba. El acercamiento suponía romper un muro de miedo y de peligro real. Al entrar, Ananías se dirige a su perseguidor, antes de sanarlo, como “hermano Saulo”. La simple frase debió impactar grandemente al fariseo ciego. Inmediatamente después, le dice: “recobra la vida” (Hch 22,13). Era una manera de decirle: “Mira la fraternidad. No seas ciego a lo que está ocurriendo desde la resurrección de Cristo”.

De ahí que, posteriormente, Pablo insista en “ámense verdaderamente como *hermanos*” (Rm 12,10). Aquellos cristianos vivían la fraternidad, pero eran conscientes de que era necesario seguir creciendo en ese modo de vida.

En cuanto al amor entre hermanos no tengo que escribirles, porque Dios mismo les ha enseñado a ustedes a amarse unos a otros. Y en verdad que lo practican con todos los hermanos que viven en toda la provincia de Macedonia. Pero les ruego, hermanos, que su amor aumente todavía más y más (1 Tes 4,9-10).

16. “19 en 1 Tes, 3 en 2 Tes, 11 en Gal, 39 en 1 Cor, 12 en 2 Cor, 19 en Rom, 9 en Flp, 5 en Col, 4 en Flm, 2 en Ef”; en M. Legido, *Fraternidad en el mundo*, p. 206 (Salamanca: Sígueme, 1986).

Y que se extienda, pues “Cristo es el primogénito de una multitud de *hermanos*” (Rm 8,14-17.29). La claridad que Pablo tenía sobre la fraternidad se hace evidente cuando se dirige a Filemón para informarle que Onesímo retorna no como esclavo, “sino como un *hermano* querido” (Flm 1,16).

Las fuentes cristianas y no cristianas dan testimonio de la sorpresa que ese modo de vida causaba entre los paganos. Minucio Félix, en su diálogo *Octavius*, afirma: “Se aman casi antes de conocerse [...] y se llaman sin distinción *hermanos* y *hermanas*”. Un siglo después, Lactancio, desde el campo cristiano, explica: “No hay otra razón para llamarnos *hermanos* que el hecho de que nos consideramos todos iguales. Esclavos y libres, grandes y pequeños son iguales entre sí, y ante Dios se distinguen solo por la virtud”. Tertuliano testifica que *hermanos* no era una simple palabra, sino que, aquel que así lo deseaba, ponía sus bienes en común (Hch 5,4). “Usamos como *hermanos* nuestros bienes familiares. Los que vivimos unidos en espíritu y en alma no dudamos en comunicar nuestras cosas con los demás. Todo entre nosotros es común”.

Para la cuestión que aquí nos ocupa, lo interesante no es solo que se llamaran y vivieran como hermanos entre ellos, sino que, entre ellos incluyeran también a los extranjeros. Así lo afirma la *Apología de Arístides* (hacia el año 150), que, según Eusebio, estaba dirigida al emperador: “Apenas ven a un inmigrante, lo introducen en sus propias casas y se alegran por él como por un verdadero hermano; porque los llaman hermanos, no según su cuerpo, sino en el espíritu y en Dios”¹⁷.

6. Ante los muros de hoy

En la actualidad, la fraternidad está rota por los muros físicos, legales y mentales que la humanidad ha construido entre los pueblos. Esos muros levantan barreras culturales, religiosas y sociales, fundamentadas en el miedo y el prejuicio. Y es que el muro no solo impide pasar, sino que también crea miedo.

La mentalidad del muro, que bien podríamos llamar “trumpismo cultural”, no es patrimonio de un pueblo en particular. Todos participamos de ella de alguna manera. El pueblo de Israel, cuando fue inmigrante, derribó muros (Jericó). Pero cuando se asienta y establece la monarquía, también levanta sus propios muros económicos (almacenes), políticos (palacios), militares (murallas) y hasta religiosos (templos). En los pueblos pobres del sur, se encuentran sólidos muros mentales. En Chinandega (Nicaragua), por ejemplo, mientras trabajábamos en la formación de comités de familiares de inmigrantes, encontramos albañiles que habían trabajado en Honduras y no deseaban regresar por el maltrato que les daban y porque les pagaban la mitad

17. *Apología de Arístides* 16, 7, tomado de R. Sierra Bravo, *El mensaje social de los padres de la Iglesia*, p. 63; citado por J. A. Martínez Díez, *El cristiano ante la inmigración*, o. c., p. 171.

que a los albañiles hondureños por el mismo trabajo. Estos los despreciaban, llamándolos “muertos de hambre” y “nicas”. La escandalosa discriminación de que son víctimas los inmigrantes negros de los países vecinos de Sudáfrica por parte de sus habitantes, es otro ejemplo.

Al interior de la Iglesia también se dan contradicciones. No son pocos los que favorecen la construcción de muros. Gioacchino Campese, scalabriniano con experiencia en los albergues de la frontera de México y Estados Unidos, advierte:

No es un secreto que, en particular en los países de inmigración, muchos creyentes y muchas comunidades consideran las migraciones como una señal de alarma, una invasión que causa miedo, una poderosa amenaza contra la cultura nacional y la civilización cristiana. Es cuestión de honradez con la realidad reconocer que frente a las migraciones existen en la comunidad eclesial posiciones diferentes y, a menudo, opuestas, lo cual, por cierto, no descalifica la posición de partida: es la Iglesia en su totalidad la que posee la autoridad, capacidad y credibilidad para discernir los signos de los tiempos¹⁸.

Este sector, especialmente en Europa, planta cara al papa en el tema de la migración. El líder de la Liga Norte, Matteo Salvini, que se presenta en los mítines como católico e incluso con un rosario en la mano, critica al papa duramente.

Los muros físicos siempre han fracasado en impedir el paso. Ejemplo de ello son el muro de Adriano, levantado en el siglo II para separar a los escoceses, y la muralla china, construida entre los siglos V a. C. y XVI d. C. para detener las invasiones de Mongolia y Manchuria. Muchas de esas murallas se encuentran en ruinas y las que se conservan, no han satisfecho las expectativas de sus constructores. Los bárbaros cruzaron las fronteras del imperio romano y saquearon Roma, y los manchúes invadieron China y la gobernaron (dinastía Qing, 1644). Si bien el muro de Berlín, que separaba el comunismo del capitalismo, cayó, existen otros muros en Cisjordania, construido por Israel; en Ceuta y Melilla, para separar Europa y África; en Belfast, para separar a católicos y protestantes; en el Sahara occidental, levantado por Marruecos; en la península de Corea, para separar el norte del sur; en Arabia Saudita; en Chipre, para separar a los griegos de los turcos; en Botsuana, en la frontera con Zimbabue; en India, para separar de Pakistán, Cachemira y Bangladés; en Irán, para separar de Pakistán; en Irak, para separar de Kuwait; y en Arizona, para impedir el paso de inmigrantes latinoamericanos a Estados Unidos.

Todos estos muros terminarán como las murallas de Jericó: en ruinas. Estados Unidos, según información periodística¹⁹, ha tenido la tasa de natalidad más baja de su historia, lo cual aumenta la necesidad de trabajadores. En la próxima década, el

18. G. Campese, *Hacia una teología de la realidad de las migraciones*, p. 46 (México D. F.: Sistema Universitario Jesuita, 2008).

19. *The Washington Post*, 8 de abril de 2018.

país experimentará un déficit de 8.2 millones. Trump desea reducir la inmigración ilegal anual de un millón a medio millón de personas. Pero las empresas demandan millones de trabajadores y no los necesitan calificados y angloparlantes. Así, pues, el muro de Arizona puede terminar en ruinas o tal vez ni siquiera se terminará de construir.

Los muros jurídicos dividen a la humanidad en ciudadanos con diferentes categorías, a veces, incluso, los consideran no-ciudadanos y les niegan los derechos que tienen como seres humanos. Estas clasificaciones deben ser eliminadas en beneficio de “una ciudadanía mundial”, a la que aludía Juan Pablo II en su Mensaje para la jornada de la paz de 2005 (6). Este planteamiento es coherente con Jesús, que superó los muros culturales, de género, de sangre y de nación. En una palabra, la separación entre “el nosotros” y “los otros”.

La historia de la Iglesia cuenta con grandes santos que ayudaron a superar los muros. Francisco de Asís superó el miedo al leproso y al sultán de los sarracenos, Malek al Khamil, con el encuentro y el diálogo. Leonard Lehman dice que los frescos del Giotto de la basílica superior de Asís nunca muestran a Francisco solo, ni siquiera en el eremitorio del monte Alverna, donde tiene a su lado a fray León. Esto indica que hay que vencer el individualismo para superar el primer muro. San Luis Gonzaga se contagió y murió por cuidar de los apestados. Asimismo, san Damián se contagió de lepra al convivir con los leprosos de la isla Molokai. Carlos de Foucauld convivió con bereberes y tuaregs.

Martin Luther King dijo, en uno de los discursos más famosos de la historia (*He tenido un sueño*), que soñaba con la mesa de la hermandad, en la cual se sentaran juntos los hijos de las diferentes razas, porque todos fuimos creados iguales. La mesa común seguirá siendo la mejor arma contra los muros, tal como muestra la eucaristía celebrada junto al muro de Arizona, donde la comunión atraviesa el muro.

Ante el inmigrante solo caben dos respuestas: la hospitalidad y la fraternidad. La hospitalidad es una ética, mientras que la fraternidad hace necesaria una política para atacar las causas de la división de la familia humana. La hospitalidad se encuentra en casi todas las culturas, mientras que la novedad del evangelio es la fraternidad, que nos obliga a construir la familia humana y a trabajar por abolir las fronteras que separan a los hermanos. Las fronteras *versus* la fraternidad es un conflicto antiguo, que ya apareció cuando Rómulo mató a su hermano Remo por haber traspasado la frontera de Roma. Lo mató para cumplir la ley sin hacer caso de la fraternidad. Debemos colocar la fraternidad antes que la ley, como Antígona, que enterró a su hermano desobedeciendo al rey. Nuestros hermanos inmigrantes necesitan que nuestro acompañamiento esté dispuesto a ir contra las leyes injustas. Juan Pablo II ya lo dijo, hablando de ellos: “La respuesta no hay que darla dentro de los límites impuestos por la ley, sino según el estilo de la solidaridad” (Mensaje para la Jornada mundial del migrante, 1996, 5).

La tarea, por tanto, es construir fraternidad. Karl Rahner afirmaba que la fraternidad “expresa la totalidad única de la tarea de todo el hombre y del cristianismo”.

Si, entonces, entendemos el amor al prójimo y la fraternidad como dos términos que en el fondo significan lo mismo, y si preferimos hablar de fraternidad, porque este término se presta menos que la expresión “amor al prójimo” a ser erróneamente entendido como exigencia de que se realice una obra que dispense al corazón de su tarea suprema, entonces podemos afirmar tranquilamente que con la fraternidad —en su necesaria unidad con el amor de Dios— se expresa la totalidad única de la tarea de todo el hombre y del cristianismo²⁰.

Esa fraternidad hay que vivirla, en primer lugar, dentro de la Iglesia, no solo para derribar los muros suprimidos por el Vaticano II, por ejemplo, las barandillas que separaban el presbiterio, sino para caminar en la eclesiología de una “Iglesia en salida”, propuesta por Francisco. El papa insiste en ir a las periferias y en construir puentes, no muros. Sin embargo, Trump dijo a los periodistas que “pensar en construir puentes no es cristiano”. El papa, en cambio, hace de la fraternidad el principio fundamental para responder al fenómeno de la migración y lo concreta en cuatro verbos: acoger, proteger, promover e integrar. Juan Pablo II y Benedicto XVI, sus predecesores, habían hablado de la fraternidad en relación con los inmigrantes y los refugiados. En este sentido, en 2013, el Consejo Pontificio para los Migrantes y Refugiados señala la radicalidad de la fraternidad.

Por consiguiente, la humanidad es una familia. Es por ello que todos los hombres y mujeres son hermanos y hermanas en humanidad, y están destinados también a serlo, por la gracia, en el Hijo de Dios, Jesucristo. Desde esta perspectiva podemos decir que los refugiados, los inmigrantes, las personas en movimiento y las poblaciones locales forman todos una sola familia. Por ello la solidaridad humana y la caridad no deben excluir a ninguna persona, cultura o pueblo (*cfr. CEC, 361*). Los más vulnerables no son simplemente personas necesitadas con quienes benignamente estamos cumpliendo un acto de solidaridad, sino que son miembros de nuestra familia con quienes tenemos el deber de compartir los recursos que tenemos²¹.

Finalmente, es necesario agradecer a los pobres y aprender a superar los muros y a crear la fraternidad de ellos. José Luis Rocha sostiene que, en contra de la opinión predominante, atravesar fronteras sin autorización es una acción de

20. K. Rahner, *Amar a Jesús, amar al hermano*, p. 47 (Santander: Sal Terrae, 1983).

21. Pontificio Consejo para la Pastoral de los Migrantes e Itinerantes, y Pontificio Consejo Cor Unum, *Acoger a Cristo en los refugiados y en los desplazados forzosos*, N° 102013.

desobediencia civil y, por tanto, un acto político²². Aquellos que acogen también son transformados. Personalmente, el testimonio de hospitalidad de algunas personas me ha enseñado a derribar muros y a construir la fraternidad.

De la misma manera que comencé estas páginas con el testimonio de Ricardo Cano, en Tziscaco, quiero concluir con otro testimonio, el de Candelaria, una catequista y ministra de la eucaristía de Nueva Linda, una comunidad de Chiapas, perteneciente a la parroquia de Frontera Comalapa. Un día, Candelaria fue llamada para rezar por Miguel, un niño inmigrante, que agonizaba debajo de un árbol. Todos los años llegan muchos inmigrantes a la comunidad para recoger la cosecha de tomate y melón. Permanecen unos meses en territorio mexicano y luego regresan a Guatemala. La mayoría de los inmigrantes son indígenas de Ixtlahuacán. Durante su estancia, viven debajo de plásticos, que cuelgan de las ramas de los árboles. En marzo de 2015, Miguel enfermó gravemente, a causa de la perforación del intestino, provocada por lombrices. María, su madre, lo llevó al hospital de Comitán. Ahí fue intervenido, pero como no pudieron unir el intestino, los médicos practicaron una colostomía. Recomendaron a María tener mucho cuidado con la higiene de Miguel. En concreto, debía cambiar la bolsa donde se depositaban las heces diariamente, alimentarlo bien y regresar en uno o dos meses para unir de nuevo el intestino. Cumplir con esas condiciones era imposible para María. La salud de Miguel se deterioró hasta que lo dieron por muerto.

Entonces, María buscó a la rezadora para que orara por su hijo antes de que muriera. Candelaria acudió al árbol donde habitaba la familia e hizo la oración solicitada. Al concluir, les pidió acompañarla. En su casa, les dio su habitación y su cama, y ella se trasladó a la otra habitación disponible, donde dormían su hija y sus nietos. Así pasaron varios meses. A pesar de su pobreza, alimentaron a Miguel con los alimentos que recolectaron entre los vecinos y la iglesia. Al cabo de unos meses, llevaron a Miguel a Comitán, donde fue intervenido de nuevo exitosamente. Miguel se salvó por el empeño de Candelaria, que abrió los muros de su casa a unos forasteros. El encuentro tuvo lugar debajo de un árbol, como la encina de Mambré. Al igual que Abraham con los forasteros que pasaron y resultaron ser ángeles, Candelaria brindó su hospitalidad a María y Miguel. Por coincidencia, Miguel, el niño de once años salvado por Candelaria, tiene el mismo nombre que uno de los ángeles. A raíz de este testimonio, ayudamos a muchas otras familias a regularizarse e inscribir a sus hijos en la escuela. En la actualidad, un tercio de los estudiantes de dicha escuela son hijos de inmigrantes.

En Burundi, llaman “mártires de la fraternidad” a los seminaristas que murieron en Buta por no separarse de los tutsis y los hutus. La guerrilla entró en el seminario, el 30 de abril de 1977, para asesinar a los tutsis. Pero en un vano intento para evitar la masacre, los seminaristas no se separaron de ellos.

22. J. L. Rocha, *La desobediencia de las masas* (San Salvador: UCA Editores, 2017).

Tampoco los hutus. La guerrilla insistió, pero ninguno quiso separarse y así los mataron a todos. La fraternidad no consiste solo en vivir juntos, sino también en morir juntos para impedir que los muros separen lo que Cristo vino a unir. El seminario es hoy el “Santuario de los mártires de la fraternidad”. Uno de los sobrevivientes afirma que, a pesar de todo, “no lograron separarnos”²³.

En la actualidad, los inmigrantes dicen lo mismo respecto a los muros: “no lograron separarnos”. Ellas y ellos unen a los pueblos como pontífices de la fraternidad. Los ejemplos anteriores son la respuesta a la pregunta que Dios hace a Caín: ¿dónde está tu hermano? Pareciera que la respuesta a esta pregunta del Génesis se encuentra al final de la historia: “en el extranjero” (Mt 25,31ss). Estos testigos así lo han comprendido y se han dejado llevar por un Dios que es Padre de todos, que envió a su Hijo a derribar los muros y cuyo Espíritu de fraternidad, que sopla donde quiere y como quiere, nos mantiene en lucha.



23. M. Cox Pinto, *Sebastián Bitangwanimana y los mártires de la fraternidad*, p. 121 (Santiago de Chile: Nueva Patris, 2008).